



«Yo soy actriz, pero ante todo, quiero ser una mujer como todo el mundo, una mujer que duerme sin somníferos, que come normalmente, que se las arregla lo mejor que puede...»



«Es increíble. Toman píldoras para todo. Para comer, para trabajar, para no trabajar... Las dos cosas que más admiro en la gente son la lucidez y la sinceridad.»

La última loba

SIMONE SIGNORET

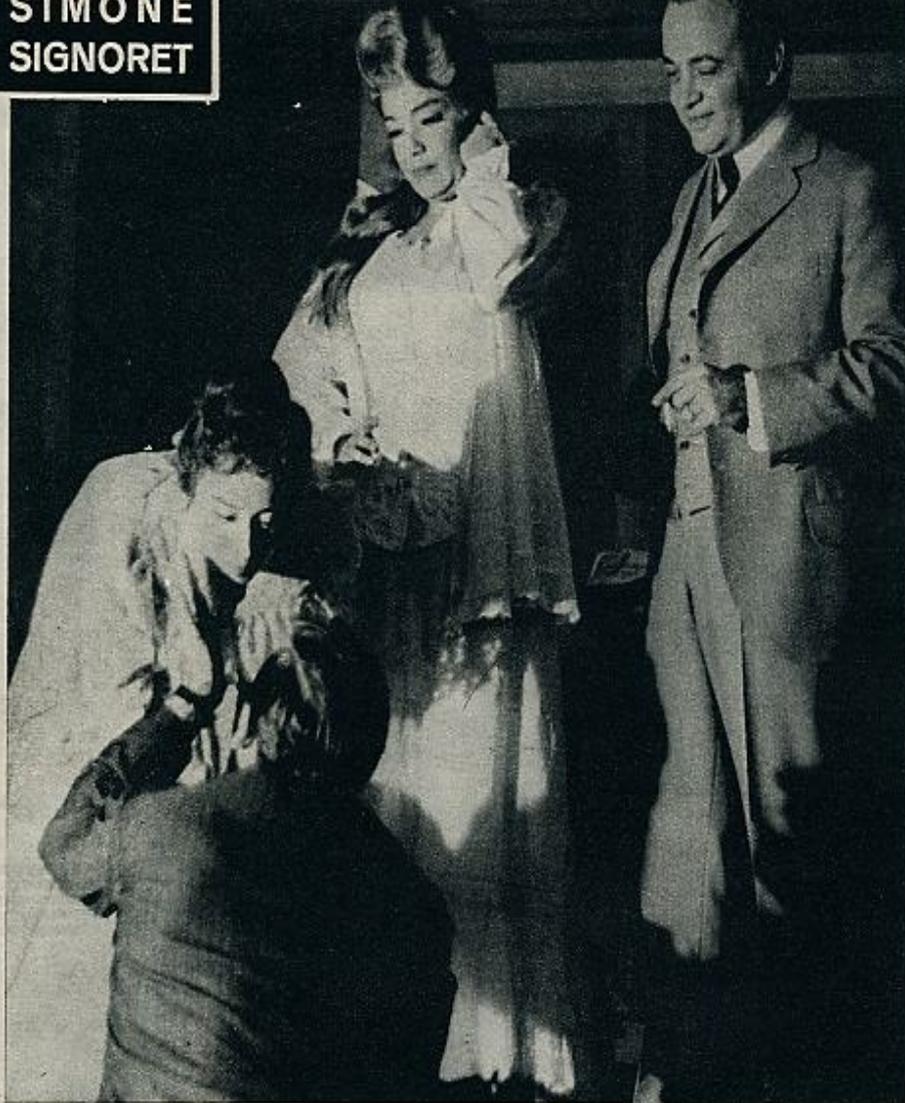
LA MAGNIFICA ACTRIZ HA VUELTO AL TEATRO PARA INTERPRETAR EL PERSONAJE QUE HIZO FAMOSO EN EL CINE BETTE DAVIS

YVES Montand y Simone Signoret son dos figuras esenciales en la actualidad teatral francesa. El, en el teatro L'Etoile, ha vuelto a entusiasmar a su viejo público.

Dos horas de recital, con la orquesta escondida, ante cuatro mil espectadores, es una prueba terrible que sólo Yves Montand podría afrontar... Un chansonnier que no vacila en incluir letras de un fuerte sabor político.

Mientras, en el Sarah Bernhardt, Simone Signoret interpreta uno de los más famosos personajes del teatro americano del veintitantos. Se trata de Regina, de la Loba, del drama de Lillian Hellman. El per-

SIMONE SIGNORET



Yves Montand felicita a Suzanne Flon. A su lado, Simone Signoret y Raymond Pellegrin. Había terminado el ensayo general de «La Loba» en el Sarah Bernhardt. (La obra se titula en francés «Les petits Renards».)

sonaje que consagró en Broadway a Tallulah Bankhead y que hizo de Bette Davis —bajo la dirección de William Wyler— el gran monstruo sagrado del cine contemporáneo...

—La dirección de Pierre Mondy me parece extraordinaria. Estoy convencida de que se trata de uno de los mejores directores franceses actuales. En la obra trabajan conmigo Raymond Pellegrin, William Sabatier, Marcel Bosufi, y una gran actriz y vieja amiga, Suzanne Flon...

Simone Signoret está encantada con su vuelta al teatro. La obra la vio en los Estados Unidos hace tiempo. Le entusiasmó su teatralidad. Es curioso que la tradujese por su cuenta para estudiar bien el personaje, para descubrir, a través de la obligada atención de un traductor, todos los secretos del drama, y que luego haya sido su traducción la representada.

Tallulah Bankhead, Bette Davis... Es una tradición de divismo que parece contraria a esta Simone Signoret, femenina a pesar de su corpulencia, espontánea, reacia a toda clase de sensacionalismos. «Ser actriz y ser diva, no es la misma cosa. Por el contrario, yo creo que son profesiones incompatibles. Rehuyo las entrevistas porque necesito estar previamente segura de que vienen a verme como actriz». Sí, pero Regina es uno de esos personajes que parecen hechos a la medida de los monstruos sagrados. Uno de esos personajes complejos, donde cabe a la actriz la expresión violenta,

espectacular, de los sentimientos que la definen... «Nadie crea que prefiero los personajes de psicología torcida o criminal. Puedo expresar la perversidad, como lo he hecho en mis últimas películas y en este drama, en la misma medida que la bondad o el candor. De una obra me interesa su contenido ideológico. Si me llamasen para interpretar el personaje de una señora ejemplar y maternal, en un drama cuya sustancia no apruebo, lo rechazaría. En cambio, estaré siempre dispuesta a aceptar el personaje más detestable en un trabajo cuyas implicaciones morales sean satisfactorias. En resumen, por poner un ejemplo, interpretaré el papel de una fascista en un film antifascista, pero me guardaré muy bien de lo contrario».

Simone Signoret viste sencillamente. Pantalón de franela, camiseta de punto, cómodos zapatos. De vez en cuando, arregla los leños de la chimenea. Nos invita a una copa. Sigue siendo la guapa mujer de «París bajos fondos», aquel magnífico film de Jacques Becker...

«No se debe creer que doy gran importancia al hecho de ser una actriz antes que una diva. Trabajo porque me divierte. Esta es la clave de mi psicología. Admiro a los actores italianos, porque, quizá por proceder del pueblo, poseen una espontaneidad y una sinceridad que rara vez se da en los actores de procedencia burguesa.»

Permanece un rato silenciosa. Se sienta luego delante de mí. Descubro el único elemento de lujo sobre

su sencillo atuendo: una fina cadena de platino alrededor de su cuello, terminada en un pequeño corazón de diamante.

«Las dos cosas que más admiro en la gente son la lucidez y la sinceridad. Creo que se hace una cosa, así, de repente, porque lo necesitamos, pero es indispensable el poder, después, analizar las razones que nos han empujado a lo que parecía un simple impulso... (Lo cual no quiere decir que deba pasarse una el tiempo analizándose! Esto último es lo que suelen hacer los actores, razón por la que, salvo excepciones, no suelo frecuentar ese medio, en el que cada uno «se mira el ombligo», según suele decirse, todo el día. Yo soy actriz, pero, ante todo, quiero ser una mujer como todo el mundo, una mujer que duerme sin somníferos, que come normalmente, que se las arregla lo mejor que puede...»

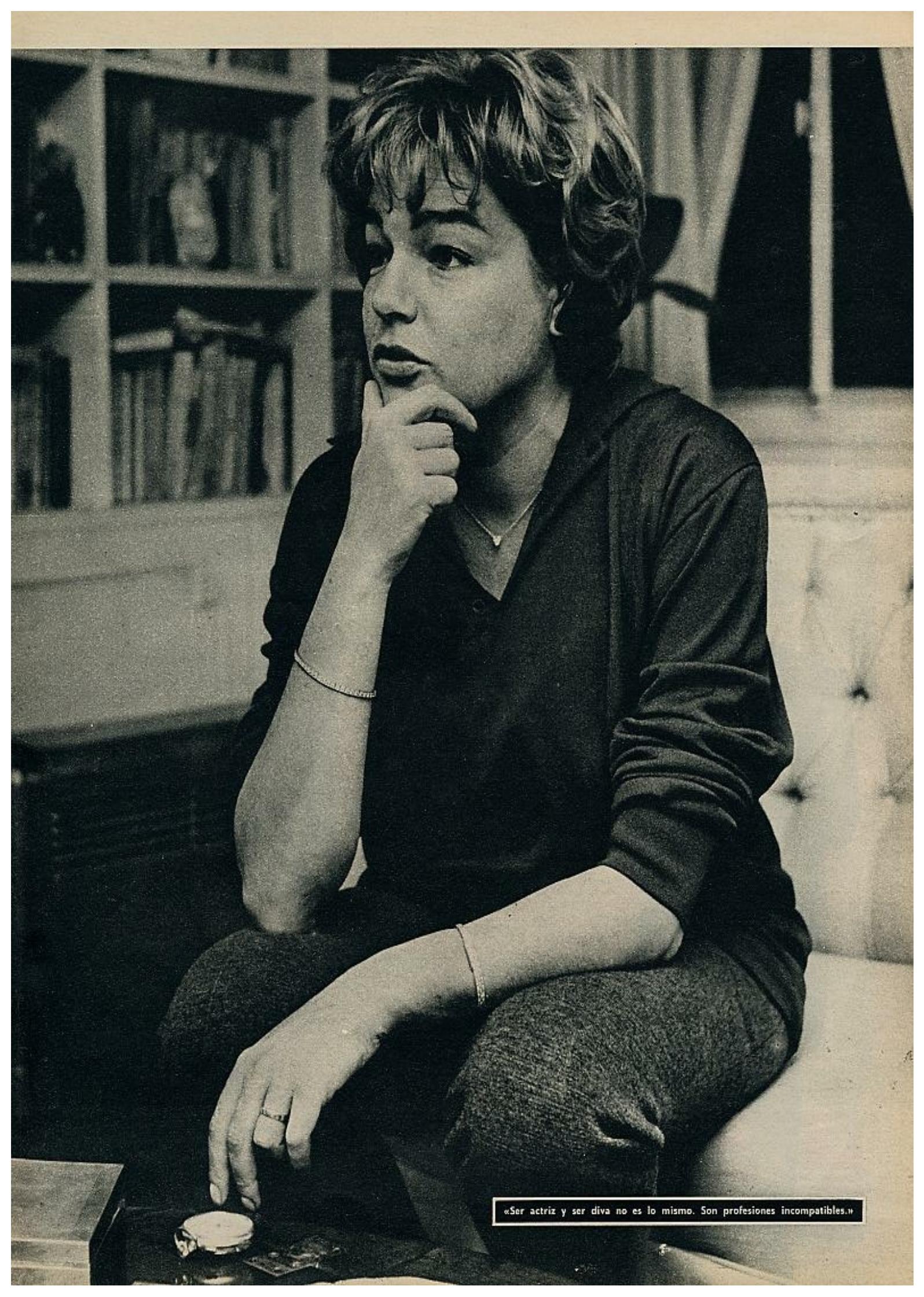
Cuando le pregunto si hay algún papel que «quisiera interpretar», uno de esos papeles con los que sueña una actriz durante años, sé muy bien a lo que me arriesgo. Por eso no me sorprende que Simone Signoret deje escapar una sonrisa y, con cierta vehemencia, y hasta un poquito de ironía, me diga: «Yo no soy una de esas actrices que se juran a sí mismas que harán «La dama de las camelias» antes de morir. Prefiero tomar las cosas tal como surgen, puesto que en lo imprevisto reside, precisamente, lo apasionante. Si no existiesen los momentos en que nos dejamos llevar, sin saber exactamente lo que va a suceder, la vida sería muy lúgubre, ¿no?»

Está muy claro que Simone Signoret tiene un gran amor a la vida. Se nota en cada gesto. Se diría que ese amor le sale por todos los poros de su piel. Se advierte en su modo de cruzar las piernas, no «para que resulte elegante», sino para estar cómoda, en su sonrisa limpia, en su mirada ávida, en la vivacidad de sus gestos, en el tono acariciante de su voz, en la forma, casi de muchacho, como sacude el mechón que cae sobre su frente... Es una mujer sana, vigorosa. Por eso, al hablar de su viaje a los Estados Unidos, donde pasó largo tiempo, comenta: «Es increíble. Tomar píldoras para todo. Para comer, para trabajar, y para no trabajar, o sea, para dormir. Y cuando se les rechaza sus bonitos estuches de píldoras, que te ofrecen como si fueran cigarrillos, se quedan asombrados. Es tremenda esa vida mecánica, ¿no?»

Entra una muchacha. Es la hija de Simone Signoret. «No quiero que tenga contactos con los periodistas. No quiero que sea una niña prodigio. Quiero que sea lo mismo que yo: una mujer como las otras.»

La actriz da una fuerte chupada a su pitillo. Miro la foto de Yves Montand, emplazada sobre la chimenea. Es como si le hiciera una pregunta, aunque no digo ni una palabra. «Yves es un hombre admirable. El verdadero cabeza de familia, aunque algunos piensen lo contrario. Yo me someto sin ningún esfuerzo. No podría amar a ningún hombre a quien no sintiese más fuerte que yo». Y, aún otras confidencias: «Cuando me enamoré de Yves, telefoné a mi primer marido y le dije que me iba de casa. Cuando leí que Yves estaba enamorado de Marilyn, decidí callarme y esperar. Es ingenuo creer que un hombre puede estar siempre enamorado de una misma mujer...»

La actriz abre las últimas cartas. Una de ellas es insultante. Está en relación con la postura política del matrimonio Montand. «Mi marido y yo tenemos un público que nos quiere mucho. Otro, que nos odia por nuestras ideas. Aunque hoy nuestra vida es más tranquila y ya no explotan bombas en los teatros donde trabaja mi marido, continuamos recibiendo cartas amenazadoras. Por eso, nuestros amigos tienden a transformarse en héroes...»



«Ser actriz y ser diva no es lo mismo. Son profesiones incompatibles.»